

DOCUMENTO

Trabajar para vivir o vivir para trabajar

Thierry Metz
Diario de un peón
 Traducción de Vanesa García Cazorla
 Periférica
 128 páginas
 15 euros
Azahara Alonso
Gozo
 Siruela
 226 páginas
 15,95 euros

Trabajadores en una fábrica de Sheffield, Gran Bretaña

La ocupación laboral centra los libros de Thierry Metz y Azahara Alonso, que reflexionan en diferente clave sobre cómo encajar productividad y ocio

MEY ZAMORA

La escritura hermana los libros y establece sus vínculos. Estos dos volúmenes coinciden en librerías y dialogan sobre cómo capturar la vida más allá de un horario establecido. Desde un andamio o desde una isla, estos títulos coinciden en la búsqueda de sentido al día a día.

Uno empieza a leer *Diario de un peón*, de Thierry Metz (París, 1956-1997), con el alma encogida tras revisar la solapa de presentación del autor. En ella aparece su imagen en blanco y negro con las manos en los bolsillos y una flor en un ojal de la camisa. Su rostro, moreno y curtido, pare-

ce esbozar una sonrisa. El que fuera poeta autodidacta se ganó la vida trabajando en fábricas, mataderos y en la construcción. La muerte de un hijo cuando este tenía ocho años lo llevó a un lugar del que no saldría –alcoholismo, ingresos psiquiátricos y suicidio–. En un internamiento escribió el último de sus catorce poemarios, *L'homme qui penche*.

El libro que tenemos entre las manos es el dietario de un individuo a pie de obra, la adaptación de una antigua fábrica en viviendas de lujo. Ese hombre trabaja de sol a sol con otros seres de los que apenas conoce el nombre. Porque en la obra “todo se queda dentro de nosotros. Sin decir”. Así, en medio de muchos silencios, irá relatando con las palabras justas y mínimas una historia donde los objetos son protagonistas: excavadora, pala, mortero, hormigón, piqueta o martillo. En pequeñas entradas –del 16 de junio al 20 de noviembre– Metz nos ubica en esa burbuja laboral. Fuera de ella, le queda la noche y los fines de semana, donde lastrado por el agotamiento acumulado solo se permite algún paseo (“Apartarme un instante de esas tareas que no escuchan lo que somos”) o un vaso de vino. El obrero Metz cumple su cometido pero no puede evitar volar más allá. Quizá por eso “pájaro” es el vocablo que más se repite en estas páginas. También abunda “simiente”, “tierra” o “agua”. La narrativa de la rutina obrera –“el dialecto del peón”– no acalla la voz interior de un ser que aspira a otro lenguaje (“Puede que haya una obra en lo que escribes”, se dice a sí mismo), que piensa sobre el sentido del tiempo y sobre su condición (“Escribo dentro de una ortiga, no dentro de una rosa”). La alienante vida del trabajador de la construcción centra este libro en el que Metz consigne plasmar sus inquietudes y su mirada introspectiva y en el que deja entrever el deseo de contemplar el ancho mundo de otra manera.

Tres décadas separan esta historia de la de la ovetense Azahara Alonso (1988) que decide a una edad poco habitual –en la treintena– poner el freno de mano y parar laboralmente. Lo hace con unos ingresos mínimos asegurados –de una ayuda institucional– y con la opción del regreso. En *Gozo* explica su experiencia de tomar distancia. Se va con su pareja a la pequeña isla de Malta que lleva ese nombre tan inspirador y que da título al libro.

Sus páginas nos llevan a aterrizar en un entorno desconocido y en el proceso de adaptación que implica: conocer las pecu-

liaridades locales, las costumbres, el idioma, los mitos... una fe de trayecto que ha dado pie a diferentes obras literarias. Pero esta va más allá. La autora, que había publicado un libro de poemas (*Gestar un túpico*) y uno de aforismos (*Bajas presiones*), pone algo de ellos en estas páginas llenas de sentencias y frases elaboradas. La formación en Filosofía también se nota.

Este es un volumen con muchas preguntas que nos interpelan. Hay una mirada analítica y crítica frente a tantas aspectos integrados en la vida diaria como la comida rápida, el hecho de hacer cola o el turismo y su forma de apropiarse la mirada. Deambula desde la experiencia personal a la dimensión social arropada por análisis brillantes de otros autores. Están George Perec, Emily Dickinson, Paul Lafargue, Bertrand Russell, Susan Sontag, Roland Barthes, Dean MacCannell, Rodolphe Christin, Donna Stoenicpher y muchos más.

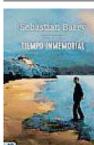
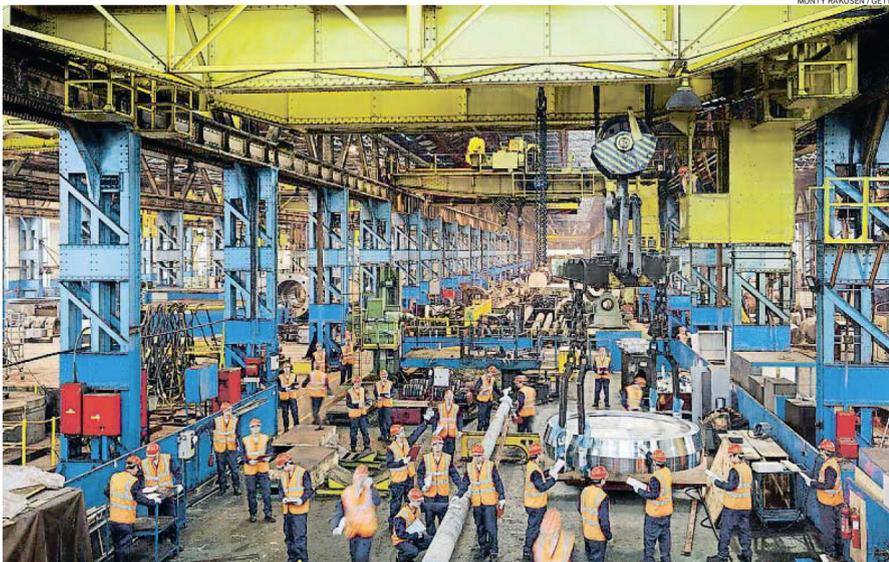
La reflexión sobre la ociosidad la lleva a revisar el modo de vida imperante marcada por los índices de productividad y las horas trabajadas. La elección de una isla actúa como metáfora. Para Alonso, “es un paréntesis de tierra firme”, un refugio, un lugar donde volver a la plenitud de los sentidos (a la percepción de los colores, al sonido de las campanas, a la forma de hablar de la gente, a la mirada al horizonte). La niña que a los cinco años quería integrar conscientemente la respiración busca ahora seguir haciéndolo.

Este libro se lee con sumo interés, pensando en la vida que llevamos, en cómo encajamos el trabajo en la existencia. Azahara Alonso ha urdido un libro híbrido de testimonio, de viaje, de ensayo... un libro corajudo y profundo que invita a que cada uno busque el propio marco en el mundo donde hacerse la foto. Y al final, como hiciera Metz con sus jornadas en el andamio, la asturiana pone por escrito aquella isla y su viaje interior.

La mirada interior de ambos autores les lleva por encima de sus circunstancias del momento –a pie de obra o junto al mar– a dibujar con palabras los espacios que quieren habitar más allá de una jornada pautada, para disfrutar de la existencia. /

/ El trabajo en la construcción de Metz no acalla una voz poética que busca la belleza más allá de la jornada laboral

/ Alonso ahonda desde una isla sobre el tiempo que dedicamos a la vida, y cómo nos relacionamos con el frenesí imperante



Sebastian Barry
Tiempo inmemorial/Temps inmemoriais
 ADN/Proa
 Trad. de Laura Vidal/Marc Rubio
 255/324 páginas
 20,95 euros

NARRATIVA

El mar más oscuro

Sebastian Barry brinda una dura historia ambientada en Irlanda, que protagoniza el policia jubilado Tom Kettle, aquejado de estrés postraumático

LILIAN NEUMAN

Primero poeta, luego dramaturgo y novelista, de Sebastian Barry (Dublín, 1955) puede buscarse la anterior *Días sin final* (ADN). El jovencito irlandés Thomas hu-

ye del hambre en su país, pero tampoco le es fácil en América. El dueño de un *saloon*, en 1850, lo contrata a él y a otro adolescente (que será su pareja inseparable), para bailar disfrazados de chica ante los mineros de Misuri. Luego serán soldados en la guerra civil. Y vivirán algo importante.

Premiado como dramaturgo y como novelista, el material narrativo en que se sumerge Barry en *Tiempos inmemoriales* es, en bruto, insoportable. La cifra de víctimas de la pederastia en instituciones religiosas de todo el mundo lo es. Irlanda es uno de los países con altísimo índice de niños, en palabras de este protagonista, “pa-

sados por la espada de la lujuria”. Muchos ya han muerto, o se han suicidado.

El jovencito de la anterior novela brillaba con su poética salvaje y natural. También, con otra mirada, este policia jubilado: Tom Kettle tiene una escarpada geografía mental y sentimental, tanto como ese apartado lugar en donde vive, frente al mar de Irlanda. Y hasta allí, y en un momento entre la tragedia y la risa, le tocan el timbre dos compañeros, más jóvenes, “como dos mormones”. Pero no vienen a evangelizarlo (o tal vez sí), sólo a retomar un antiguo caso que no hace más que poblar ese mar de almas extinguidas. Una de ellas fue la de su difunta esposa: Thomas recuerda a June en su juventud, su avergonzado y culposo relato cómo víctima que fue, desde la niñez (y con la connivencia o silencio de religiosos); y esto es de lo más doloroso del libro.

Este texto no es fácil. Tom sufrió estrés

postraumático en los setenta, cuando dejó el ejército. Todo el relato contiene una zona incierta, como Tom, torpe cuando corre entre las piedras, en busca de ese reino maldito donde pueden aparecer huesos de niños de tiempos remotos y hay nombres que, esto sí, suenan bien alto y claro: el padre Byrne, el padre Mathew. De todo lo que se dice, mientras Tom se comporta como un vaquero vigilante de su vecina y de su hijo (ambos refugiados de la misma clase de horrores que trata la novela), hay un diálogo que me gustaría reproducir. Una conversación normal: “¿Tú piénsalo: cuando éramos policías jóvenes, ¿le habríamos dicho mu a un cura? Jamás. Eran los líderes de nuestra fraternidad. Nuestros guías espirituales. Consolaban a los heredos en acto de servicio”.

Lo demás, conforme Tom mira de reojo antiguos carpetas que se niega a abrir, no puede el lector imaginarlo. /